



SOCIEDAD, DEMOCRACIA Y RESPONSABILIDAD INDIVIDUAL

Alain TOURAINE

Quisiera empezar haciendo una observación o una reflexión fundamental. No estamos viviendo un proceso de mundialización o globalización, sino un proceso de disociación del mundo técnico-económico y de los mundos culturales.

La globalización no existe. Es una construcción ideológica que parece unificar fenómenos muy importantes, pero que son perfectamente independientes entre sí. Cuando se habla de globalización, se habla de sociedad de la información, de aumento del comercio internacional y de las empresas transnacionales, del desarrollo de las redes financieras, de los nuevos países industrializados, y de la hegemonía militar o cultural estadounidense.

Claro que siempre se pueden encontrar correlaciones entre las partes. Es evidente que la sociedad de la información permite

transmitir en tiempo real informaciones financieras, por ejemplo. Pero, acordémonos de la Inglaterra de 1910, cuando el comercio exterior representaba el 45 % y las relaciones con la India eran muy importantes; el telégrafo existía y las comunicaciones se llevaban a cabo, pero no por eso explica el telégrafo el imperialismo inglés.

¿Por qué se habla de mundialización? Se habla de mundialización por la siguiente razón: cuando acabó la guerra triunfaron en todo el mundo las formas de gestión de la sociedad que yo llamo proyectos integrados de desarrollo nacional. Había que construir, reconstruir. Era el Estado el que desempeñaba el papel fundamental. Los aspectos sociales, económicos y nacionales formaban parte de un todo. Pero aquello se fue al traste por multitud de razones internas y externas. Después se pasó por una especie de momento liberal en que se quebraron los antiguos controles sociales y políticos de la economía. Y actualmente nos encontramos al final de esta transición liberal, y ahora predomina una ideología que afirma: no, en absoluto, no nos encontramos en un momento de transición, sino que estamos entrando en un sistema coherente.

A eso se llama globalización, cuando lo que se quiere decir en realidad es que la información, las finanzas, el comercio exterior, el desarrollo de Asia o de América Latina, la hegemonía cultural (Walt Disney, etcétera), todo forma parte de lo mismo. Es fundamental darse cuenta de que esa palabra sólo se emplea para defender una perspectiva auténticamente liberal. Pero me equivoco al decir «liberal». Permítanme utilizar de manera precisa y técnica la palabra que se debe utilizar aquí: la globalización no significa más que capitalismo. Capitalismo en sentido concreto, no me refiero a su significado ideológico; en un sentido preciso, es decir, la economía de mercado por cuanto rechaza todo control exterior y sólo acepta los controles internos de Nueva York, Londres, etcétera. Esta definición es perfectamente respetable, pero es una posición ideológica, e incluso diría que no es por casualidad que hablemos de ello en Marruecos.

Yo diría que, en todo caso, en casi todos los países europeos, posiblemente a excepción de España y también habría que ver si a excepción de Alemania, el tema fundamental no es en absoluto el liberalismo, y la gente que interpreta Maastricht así se equivoca completamente. Se trata, por el contrario, de restablecer formas de control político y social de la economía. Y una vez que se haya resuelto Maastricht, es decir cuando no haya política presupuestaria ni política monetaria, entonces tendre-

mos que ocuparnos de los problemas sociales y las políticas internas.

El fenómeno fundamental que estamos experimentando desde hace cien años, y cuando digo cien años también podría decir un poco más, es la ruptura del vínculo entre el mundo objetivo y el mundo subjetivo, el mundo técnico-económico, es decir, el mundo de la instrumentalidad, y el mundo de las identidades.

En los comienzos de la modernidad creímos que los dos mundos deberían ir juntos, fundidos ambos en un proceso de racionalización. En realidad, nuestra modernidad comenzó por la ruptura. El mundo de la ciencia, la técnica y la estética, un mundo en cierto sentido platónico, triunfó con el Renacimiento italiano, mientras que el tema del individuo por sí mismo subordinado a Dios triunfó con la Reforma. Por ello, la Modernidad llegó mediante la ruptura de la ciencia y el objetivismo de Piero della Francesca o de Brunelleschi, por una parte, y de Lutero y Calvino, por otra.

La situación no ha dejado de agravarse. El fin del siglo XIX, periodo en el que nos encontramos intelectualmente, está dominado por la idea de la ruptura entre el sistema y el actor. Este es el contenido esencial del mensaje de la gente que más nos influye actualmente, sea Nietzsche, Freud, Bergson o Max Weber. Y así hemos llegado a un periodo de separación extrema. Actualmente no estamos viviendo el proceso de globalización, sino la disyunción de la modernización instrumental y del mundo de las consciencias que se convierte en un mundo de identidades. Tomen buena nota de lo que esto quiere decir: que entre ambos, el mundo de la economía y de la técnica, por una parte, y el mundo de las culturas, por otra, el mundo social y político se hunde, desaparece, se derrumba.

Este es el problema fundamental. ¿Por qué? Porque, como hemos dicho, desde el comienzo de la Modernidad, y esta es casi la definición de nuestra Modernidad, sólo hay una forma de relacionar, por una parte, la racionalidad instrumental, el progreso técnico, y por otra, la consciencia. Sólo existe una forma de relacionarlos: a través de la política. Es la política, porque la política habla en nombre de lo universal, la soberanía popular, los derechos humanos. Es una especie de abrazo que abarca a la vez los intereses económicos y los intereses culturales.

Pero a medida que la Modernidad ha ido evolucionando, hemos visto cómo esta solidez un poco brutal de lo político, lo cívico, la nación, la república, la revolución, se debilitaba, pero adaptándose al mundo. Primero se habló de derechos civiles, y

luego, de derechos sociales, que son más diversificados. Después de los derechos sociales, hablamos de derechos culturales, que son aún más diversificados. Y así, hoy nos encontramos en la grave situación de preguntarnos que si reconocemos los derechos culturales, es decir la diversidad, ¿nos queda algún medio para relacionar el mundo globalizado de la economía y las técnicas con el mundo ya fragmentado, segmentado de las identidades? ¿De qué forma podemos reunir, combinar, o como dice Lévi-Strauss, «construir una relación» entre el mundo del universalismo instrumental y el mundo del particularismo cultural?

En principio yo diría que sólo hay una respuesta, y que esta respuesta caracteriza a nuestro tiempo y confunde en particular a los sociólogos. Yo diría que actualmente ya no existe ese abrazo del que hablábamos. Ya no basta con decir que todos somos hijos de Dios, hijos de la razón, el producto de la historia o los habitantes de la nación privilegiada. Sólo disponemos de un planteamiento para combinar economía y cultura, el planteamiento de que somos individuos indivisibles. Es decir, podemos afirmar, debemos afirmar, no nos queda más alternativa que afirmar que es a título individual como podemos construir una combinación, montar esta combinación individualizada, personal de los dos mundos.

Y lo que actualmente llamamos democracia no significa vivir todos de la misma forma, sino garantizar a todos que cada cual pueda buscar su propia manera, es decir, resolver de forma particular el problema general de todos, que es cómo combinar mi participación en el mundo económico, o si se prefiere, cómo combinar los ordenadores con la religión. No doy prioridad a la religión sobre otras manifestaciones de la vida cultural.

Y es en este contexto en el que me gustaría introducir de una forma un poco paradójica el tema de los medios de comunicación. Yo diría que cada cual intenta dar un sentido a su vida, hacer de su vida un proyecto, una historia individualizada, reconocible, tan específica como las huellas digitales. Pero partiendo de esta base, el problema con que nos encontramos, en mi opinión, es cómo a partir de aquí, es decir de este papel absolutamente esencial que hay que dar en el mundo moderno al individualismo en todos los sentidos, los mejores y los peores, cómo puede esto transformarse en una visión de la sociedad, en una visión de relaciones sociales.

En principio, y lo digo un poco precipitadamente, esto supone, como vemos todos los días, un doble trabajo, no de integración, sino de separación. Esto quiere decir, en primer lugar, que al margen del mundo del mercado, de la técnica, intentamos

hacer nuestro trabajo, conservar nuestra función de productores, de creadores, y no sólo de consumidores. Por otra parte, como ya se ha dicho, a propósito del carácter esencial de lo cultural, no podemos constituirnos como individuos, o en mi propio vocabulario, como sujetos, si rompemos este conjunto que llamamos una cultura y que, de hecho, es siempre la conjunción de creencias, de lugares y de costumbres.

Es necesario separar las creencias de las leyes y las costumbres. Es lo que llamamos la laicización. La laicización no significa suprimir completamente las creencias o la creencia en la no creencia, lo que significa esencialmente es separar las creencias, en particular las religiosas; respetar las creencias, incluso las religiosas, pero separándolas de la gestión de la sociedad o de las costumbres que regulan la vida privada.

Pero el problema que nos ocupa aquí es más concreto. Repito, ¿cómo podemos llegar a una forma de organización de la sociedad? La respuesta es, en principio, muy simple. Es una respuesta kantiana: es necesario reconocer para los demás el derecho que cada cual reclama para sí. Y es necesario que las leyes, y esta es en el fondo la definición de la democracia, garanticen a todos y a cada uno, cualesquiera que sean sus opiniones o sus actividades, el libre derecho a construir su experiencia, su proyecto de vida personal.

¿Cuál es la función de los medios de comunicación en este contexto? Ya he dicho que la propia dinámica de la modernización hace que se desmoronen las instituciones y los aparatos de gestión general. Esa es la razón por la que pienso que los medios de comunicación desempeñan una función absolutamente esencial, por constituir el nuevo espacio público en el que se forma el individuo, no como simple individuo, sino, como ya he dicho, como sujeto producto del mundo moderno y sujeto constitutivo por consiguiente de la democracia.

Mi opinión es que, para mejor o para peor, la función de los medios de comunicación no es globalizar, sino individualizar. Digo para peor porque puede servir para que todos compremos el mismo yogur o los mismos pantalones vaqueros o la misma Coca-Cola. Este es el aspecto comercial, que dispone de muy poca autonomía con relación al mundo que yo llamaría técnico-económico. Evidentemente, se trata de un mundo de consumidores.

Pero en realidad es en la televisión, en los periódicos, en la radio donde se manifiesta este movimiento que es exactamente lo contrario de lo que hacen, por necesidad, las instituciones po-

líticas, sociales, jurídicas y educativas. Es decir, que se está llevando a cabo unas veces mejor y otras peor, el intento de construir con este individualismo, que puede ser egoísta, un vínculo de relación con los demás.

Yo diría que los problemas que hoy en día están relacionados con los derechos humanos, como la bioética, los problemas de fecundación asistida, los antiguos problemas de contracepción, del aborto, el respeto de las minorías, el respeto de la homosexualidad o de un grupo étnico, religioso o nacional; todo ello se realiza en mayor medida en los medios de comunicación que en la vida política o en la vida sindical.

Voy a citar algo que me parece incluso divertido, tomando una referencia que no procede de la lengua española, sino de la portuguesa. Brasil es un país en el que se hacen numerosas series de televisión escritas en general por gente de izquierda o que fueron de izquierdas. Los temas de estas series son generalmente temas audaces desde el punto de vista de la vida privada. La secretaria no se casa nunca con el hijo del jefe, por el contrario se ve a mujeres de sesenta años que se enamoran de hombres de 25, o las cosas más atípicas en comparación con lo que se considera habitual. Dicho de otra forma, creo que es muy fácil exponer en la televisión o en los periódicos lo que está mal. En el siglo XIX, en los periódicos las cosas eran peores.

Creo que actualmente estamos inmersos en una ruptura fundamental, en un movimiento social y cultural que consiste en transformar lo individual y colectivo, pero no desde el punto de vista de querer elevar lo individual fundándolo en lo colectivo, como es el objetivo de la moral cívica, en el espíritu nacional.

Esta me parece una transformación tan fundamental que va a dirigir, ya comienza a dirigir, nuestras políticas sociales. Nuestras políticas sociales de la posguerra se agotan, en su mayor parte se derrumban. Y todos intentamos hacer una política social que se centre en el individuo.

Desde esta perspectiva, creo que el concepto de *welfare* significa sustituir la política de desempleo por una política de empleo. Y creo que la idea de compartir el trabajo no es completamente ajena a esta perspectiva. Es el indicio de un cambio profundo de la situación, yo diría incluso que es la llamada al reconocimiento de la diversidad.

Diversidad y laicidad. La laicidad ha tenido siempre dos sentidos. Esto quiere decir que nos adentramos en el mundo positivo, en el mundo del interés. Las creencias son agua pasada. Es

una ideología generalmente propia de la pequeña burguesía ascendente, yo diría que sin mucho interés, pero quiero contraponer ambos conceptos.

En Francia, como todo el mundo sabe, ha ocurrido algo que ha levantado una polémica sobre el velo islámico que llevaban algunas chicas. He tomado parte en el debate para defender a estas muchachas, y no solamente con palabras; hemos llevado a cabo un estudio con un centenar de ellas y se ha demostrado que se trataba en su mayoría de jóvenes modernas que intentaban hacer compatible la defensa de su identidad. Una de mis antiguas estudiantes, de origen turco, ha demostrado claramente que estas jóvenes trabajaban en Ciencias Exactas, en Medicina, en Arquitectura, y en absoluto en Derecho, Teología o en Letras. Se trata de elementos en su gran parte modernizadores.

Después mantuvimos dos reuniones con dos organizaciones ultralaicas; la Liga de los Derechos Humanos, y la Liga de la Enseñanza. La Liga de los Derechos Humanos opinó que el asunto era espantoso. Y la Liga de la Enseñanza, que les aseguro es auténticamente laica, ha dicho que lo que hace falta es ponerse a estudiar la diversidad de culturas en la escuela y, lo que es en mi opinión muy acertado, que se debe introducir en la escuela la enseñanza de lo que son los fenómenos religiosos, en lugar de hacer una especie de propaganda.

Francamente, yo diría que los europeos llevan siglos de laicización. La cristiandad ha muerto, pero el cristianismo está vivo. El mundo islámico no es mi especialidad, ni ninguna otra religión en particular, ni el mundo judío, pero es evidente que ésta es la única solución. Está claro que estamos asistiendo en el Islam, como en su día asistimos en el mundo cristiano, a la vez a endurecimientos con relación a la identidad, y a una primera disociación. Y yo diría incluso que en cierta forma estamos asistiendo a la renovación del Islam por cuanto se separa el islamismo en el sentido de la sociedad islámica.

Por eso hay pocos temas tan importantes en el pensamiento filosófico o social moderno, actual, contemporáneo, como el tema de la alteridad, de la relación con el otro. Y, en efecto, si parten ustedes de la idea que sugiero, que lo fundamental es ver cómo se relacionan los dos mundos por abajo y no por arriba, para evolucionar hacia una forma de sociedad política democrática, es necesario en primer lugar que exista el reconocimiento de la relación con el otro. Yo incluso diría que no nos constituimos como sujeto personal más que reconociendo al otro en su alteridad y en sus derechos como sujeto. Es lo que podría calificarse, a fin de cuentas, como el papel de las relaciones amoro-

sas. Y es a partir de estas relaciones amorosas que se puede generalizar y decir «reconozco al otro y, por lo tanto, reconozco a todos los otros». Y yo quiero que la democracia se funde sobre esta base.

Por consiguiente, en el punto extremo de Modernidad al que hemos llegado tenemos que cambiar el curso. No para garantizar los derechos individuales a partir de principios generales sino todo lo contrario, para construir un modo de sociedad, definir la democracia a partir de demandas de autonomía, de responsabilidad de cada individuo.

Y, en mi opinión, es en esta perspectiva en la que debemos intentar comprender la función de los medios de comunicación como la función de los intelectuales, del sistema escolar. Y permítanme poner un ejemplo que puede ser el ejemplo más importante del tipo de cambio de posición que quiero indicar. Tomemos como ejemplo a la familia. Si hace treinta o cuarenta años se le hubiese preguntado a la gente, a los padres, para qué sirve la familia, hubieran respondido, más o menos, que sirve para transmitir valores, a veces dinero, y en todo caso una forma de vida, una lengua determinada. He llegado a escuchar diez veces a gente que hablaba en la televisión de la familia y nunca han mencionado nada de eso. Lo que dicen es que la familia es fundamental para que un joven sepa valerse por sí mismo, para que sea autónomo. Si no hay familia... Freud tiene razón, la personalidad se construye a través de las relaciones con los padres.

Asistí en una ciudad de provincia a una reunión donde había cientos de bachilleres y profesores. Y al examinar los cuestionarios que todos habían rellenado, se constató que los bachilleres desean dos cosas: autonomía y comunicación. Como ven ustedes, se trata exactamente de esta tendencia de abajo hacia arriba. Después de todo, ir de abajo hacia arriba es más democrático que ir de arriba hacia abajo. Y lo que es necesario que hagamos hoy en día es abandonar no sólo todo tipo de esencialismos y culturalismos, sino yo diría que incluso todos los institucionalismos. Es necesario volver a reflexionar sobre la construcción de la sociedad política a partir de una afirmación del derecho de cada individuo a construir su propia existencia.
